

AGENDA CIUDADANA

NECESITAMOS A LA PÉRFIDA EUROPA

Lorenzo Meyer

El Abanico.- ¿Cuáles son las posibilidades de México, como sociedad nacional, en el mundo unipolar con que se inicia el siglo XXI?. El abanico de opciones del que disponemos es muy limitado, pero existe. Teóricamente, en un extremo está el profundizar conscientemente y decididamente la absorción, aunque sea limitada y condicionada, por parte de la super potencia del norte; el camino portorriqueño, por darle un nombre. Con el Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) ya llevamos recorrida la primera parte de esa vía: 90% de nuestro intercambio comercial está centrado en Estados Unidos, 20% de nuestra fuerza laboral se encuentra en Estados Unidos y nuestro sistema político ya es compatible, por democrático, con el norteamericano, aunque aún debe corregir una multitud de imperfecciones para hacerlo menos corrupto y más eficiente. En el otro extremo no está la independencia en un sentido clásico, pero sí la posibilidad de mantener la viabilidad económica en un marco de independencia relativa frente a Estados Unidos. Sin embargo, para lograr esta última necesitamos una multi polaridad real en el sistema internacional, y ese polo alternativo a Estados Unidos hoy sólo puede ser Europa, aunque en un futuro mucho más distante también está China.

La pérvida no es sólo Albión sino toda Europa, un continente cuya rica historia es una mezcla extrema de elementos positivos y negativos, y México los ha experimentado casi todos directamente. Sin embargo, hoy nuestro país necesita a Europa, y mucho.

La Amplia Periferia.- Lo obvio puede ser un punto de partida tan bueno como cualquier otro para el análisis. En efecto, hay situaciones que, de tan manifiestas, pasan sin que se tome plena conciencia de su importancia. Así, por ejemplo, en una entrevista

reciente, el escritor húngaro Péter Nádas, al reflexionar sobre la producción literaria de la patria magiar, subrayó lo que es una verdad evidente: “hay pocos pueblos que no sean periféricos” (El País, 7 de diciembre). En los últimos cinco siglos México ha sido justamente uno de esos muchos pueblos que en el contexto mundial les ha tocado jugar el papel de marginales, y eso ha determinado el proceso de desarrollo interno. Y como no hay nada en nuestro horizonte que nos permita suponer que en un futuro predecible esa situación va a cambiar, no queda más remedio que asumir con realismo y dignidad esa condición. Y asumirla significa actuar para maximizar las pocas ventajas de que se dispone y usar con inteligencia y audacia, los espacios y oportunidades que abren y generan, las inevitables contradicciones o diferencias de intereses entre los países poderosos.

El Origen.- Antes de entrar de lleno en el tema de las oportunidades en y para la periferia, conviene recordar que hace casi cinco siglos que México se volvió marginal. Y eso ocurrió de manera muy traumática. El México-Tenochtitlan vivía enteramente ajeno a la existencia del mundo que se encontraba a cada lado de sus océanos. La originalidad de su civilización le llevó a estar enteramente confiado en su carácter de eje indiscutible tanto del universo físico como del metafísico. El pueblo mexica se concebía como fiel servidor de dioses poderosos y ellos simplemente no podían abandonarlo, pero lo abandonaron.

En 1521, un México derrotado se convirtió en una parte más de un enorme imperio trasatlántico, dominado por un monarca que nunca pudo ser visto, sólo imaginado. Para Madrid, el gran teatro europeo era el único con importancia real y los dominios de ultramar sólo existían en función de las necesidades europeas. Se inició entonces el largo andar de México por los desolados caminos de la periferia.

Tras lograr la independencia en 1821, una cierta inocencia --producto de su aislamiento relativo--, hizo concebir a algunos mexicanos la posibilidad de que, una vez

sacudido el yugo español, el supuestamente rico, nuevo y enorme Imperio Mexicano -- abarcaba desde Centroamérica hasta Aridoamérica--, estaba llamado a ser una gran potencia, es decir, a recuperar su papel como sociedad central. Muy pronto la brutal realidad mostró a propios y extraños que su nueva condición de nación independiente no significaba que México pudiera liberarse de su papel de sociedad marginal. En nuestro subcontinente, sólo Argentina y Brasil mantuvieron por más tiempo la esperanza de, algún día, salir de la medianía que significa el status de “potencia media” que hoy, con trabajos, tenemos (Brasil aún la mantiene).

Entre las Patas de los Caballos o Jugando a Europa contra Estados Unidos y Viceversa.- Tras la independencia, México buscó un acercamiento con la gran potencia de la época, Gran Bretaña, para neutralizar los planes españoles de reconquista, que podían estar avalados por la Santa Alianza. Igualmente quiso hacer valer, sin éxito, su carácter de nación católica para conseguir el apoyo del Vaticano en contra del empecinamiento de un Fernando VII, que consideraba a México, como al resto de los países hispanoamericanos, como una provincia rebelde, cuya pretensión de independencia era tan ilegítima como absurda. En Washington, la llamada “Doctrina Monroe” (2 de diciembre de 1823) anunció y sostuvo, entre otras cosas, que unos Estados Unidos aún débiles pero llenos de confianza en ellos mismos, se opondrían a todo intento europeo de “oprimir o controlar” cualquier nación independiente del Hemisferio Occidental. En principio, la diferencia de intereses entre Londres y la Europa continental o entre Washington y Europa en su conjunto, abrió algunas posibilidades para países como México.

A raíz del conflicto territorial con Estados Unidos, México trató, sin éxito, de hacer jugar los intereses británicos y franceses en contra los norteamericanos para preservar a Texas como parte de la República Mexicana. Años más adelante, y tras el desastre de la

guerra contra la invasión norteamericana, el partido conservador mexicano logró el apoyo europeo —básicamente el francés— para su proyecto de establecer un sistema monárquico en el país y neutralizar la alianza de los liberales con los norteamericanos. Tras el fin de la guerra civil norteamericana, el apoyo de Washington resultó fundamental para que los liberales se sobrepusieran a la alianza de sus enemigos conservadores con los franceses y se viniera abajo el II Imperio.

Tras la restauración de la república, Juárez, con el respaldo de su relación con Estados Unidos, pudo posponer la negociación de las deudas mexicanas con los europeos hasta el momento en que la economía del país permitiera hacerla con holgura. Sin embargo, fue en realidad el régimen de Porfirio Díaz (1877-1911) el primero que pudo diseñar y poner en marcha una política destinada a crear y mantener una discreta rivalidad económica, política y cultural entre las potencias europeas y Estados Unidos en beneficio de del proyecto nacional oligárquico de México.

En los difíciles años que siguieron al triunfo de la rebelión maderista, el dictador militar Victoriano Huerta intentó entre 1913 y 1914 sobreponerse a la enorme presión norteamericana en su contra, acudiendo al apoyo europeo, principalmente al de Inglaterra y Alemania. Tras el estallido de la I Guerra Mundial, Venustiano Carranza se mantuvo neutral, pero dejó que Alemania le hiciera una oferta --vía un telegrama de Arthur Zimmerman, ministro de asuntos exteriores alemán del 16 de enero de 1917--, para negociar una alianza germano-mexicana contra Estados Unidos. Carranza dejó jugar a los alemanes pero, sabiamente, nunca aceptó formalmente su oferta.

El presidente Alvaro Obregón estableció relaciones con la Unión Soviética justo cuando en Estados Unidos dominaban los intereses más conservadores y anti soviéticos. Durante la crisis causada por la ley petrolera de 1925, el presidente Plutarco Elías Calles

buscó y logró un modesto acercamiento con Inglaterra para intentar moderar la posición norteamericana. El acuerdo entre Calles y el embajador Morrow de finales de 1927 tenía varias ideas positivas elaboradas por los británicos. En contraste, tras la expropiación de las empresas petroleras extranjeras en 1938, la posición moderada fue la adoptada por el presidente Franklin D. Roosevelt, lo que jugó a favor de la política del presidente Lázaro Cárdenas frente a la dureza de Londres.

La II Guerra Mundial permitió que México se aliara con Estados Unidos en contra de los países de El Eje y se solucionaran, en excelentes condiciones para México, los problemas de la deuda y de las reclamaciones norteamericanas por daños ocurridos durante la revolución y las expropiaciones agrarias y petrolera. En la etapa posterior, la de la llamada “Guerra Fría”, la situación fue aprovechada por el régimen post revolucionario para desarrollar internamente una política anticomunista pero, a la vez, preservar las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética y otros países socialistas, dándole así cierta credibilidad al “nacionalismo revolucionario”. Ejemplos de la independencia relativa mexicana fueron las políticas hacia la Cuba revolucionaria, el Chile allendista, la Nicaragua sandinista, el comunicado franco-mexicano en relación a la insurgencia salvadoreña y toda la política del “Grupo Contadora”, que interfirió con los designios contrarrevolucionarios de la administración norteamericana de Ronald Reagan en Centroamérica.

El Cambio.- El agotamiento y final desastroso en 1982 del modelo económico nacionalista mexicano, basado en la protección del mercado interno y la acción vigorosa y directa del gobierno en el campo económico, llevó a que los gobierno de Miguel de la Madrid y Carlos Salinas dieran los pasos que desembocaron en una reorientación de fondo de la política exterior mexicana. El punto culminante de esa nueva política fue la firma, en 1992, del TLCAN, lo que aceleró --como única alternativa al estancamiento económico, la

ingobernabilidad y la crisis social-- la integración de la relativamente débil y maltrecha economía mexicana a la poderosa maquinaria productiva norteamericana.

El proceso mexicano por crear una alternativa exitosa al fracasado modelo económico post revolucionario, lleva ya veinte años y aún no da frutos. Además del TLCAN, el otro resultado de ese nuevo capítulo de nuestro desarrollo, fue el surgimiento de una insurgencia electoral que desembocó en la derrota del PRI y en el cambio de régimen político. Sin embargo, la promesa básica de los artífices del cambio sigue sin producirse: el crecimiento de la economía. En efecto, México lleva ya veinte años de un desempeño económico mediocre, de un estancamiento extraordinariamente prolongado y de un agravamiento de sus problemas sociales. En la actualidad, todo el país está simplemente a la espera de una reanudación de la marcha de la locomotora económica norteamericana para ver si el cabús mexicano se vuelve a mover, y el movimiento permite enfrentar mejor el problema central: el social.

Europa.- Se acaba de tomar en Copenhague la decisión de expandir la Unión Europea (UE) de quince a 25 miembros –se unen al núcleo fuerte diez países más, la mayoría provenientes del Este— con lo que se abre la posibilidad de crear un polo de poder efectivo frente a Estados Unidos, no en lo militar pero si en lo económico, político, cultural y ético. Se trata de un polo de poder de 370 millones de personas con una producción equivalente a 9.2 billones de dólares (prácticamente igual a la norteamericana) y al que probablemente se le una Turquía pobre pero cuyos ochenta millones de habitantes pueden ser la mano de obra que necesite para mantener su dinamismo. Hoy por hoy sólo la pérvida (nueva) Europa ofrece a países periféricos como el nuestro, una alternativa con una dosis razonable de independencia. Es, desde luego, sólo una posibilidad, muy tenue, pero en la que vale la pena invertir un buen esfuerzo político.